



"La Nación", Buenos Aires (R. A.) 26 febrero 1924

## MORIRSE DE RISA

Por Miguel de Unamuno

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1924.

Hablaba yo una vez con un coronel retirado, de los que aquí llamamos "de cuchara", es decir, de los que han ascendido desde soldado raso, sin haber pasado por academia militar alguna, sin haber aprobado cursos de álgebra ni haber leído a ningún Clausewitz. Era el hombre, para hablar de cosas de milicia con él, más discreto, más sensato, más juicioso. Y hasta para tratar de asuntos de gobernación civil. Y es porque no siendo un hombre de papeletas tenía sentido crítico, libertad de examen, y no era escamón. Era un socarrón que no le temía a la ironía y que se reía de los que se ríen del Ejército, como se reía de los que lo admiran. Daba gusto conversar con aquel hombre. Mientras que con una rana sabia...

¿Rana sabia? Sí. Y vamos a explicarlo. En uno de los primeros días de este año di una conferencia sobre el liberalismo en la Sociedad El Sitio, de mi nativo Bilbao y a consecuencia de ella el gobernador general de Vizcaya nos llamó a su despacho al presidente de la sociedad y a mí. Y se quejó de mi conferencia, haciéndome un cargo hasta de que le hubiese llamado a Fernando VII "el Abyecto". El buen señor no sabía lo que yo había dicho ni sé si era capaz de enterarse de ello. Y yo le dije: "Mire, señor general, se cuenta que como los hombres no le hacían caso se fué San Antonio de Padua a predicar a la orilla de un río, y que luego uno que lo supo y pasó por allí preguntó: "¿Qué ha dicho?". Los peces, como son discretos, se callaron, pero una rana sabia que estaba en la orilla contestó: "¡ero! ¡ero!" y de aquí vino lo de que San Antonio de Padua había predicado ¡ero! ¡ero! No haga, pues, caso, general, de ranas sabias". Y al decirme que él no sabía nada ni era hombre de ciencia, sino de mando—aunque no se sabe cómo se pueda sin ciencia mandar—le repliqué: "Pues no haga caso de los que creen saber más que usted".

Y si estos militares que creen saber más que los otros son del Estado Mayor, diplomados, y si han sido profesores hay que temblarles. De todas las pedanterías que conozco la más pedantesca es la militar. Lo pudimos comprobar aquí durante la gran guerra, sobre todo leyendo a aquel "Armando Guerra", que había sido catedrático en la Escuela Superior de Guerra, vivero de pedantería castrense. A los que se les puede aplicar lo que Alberto Sorel en su clásica obra "Europa y la Revolución Fran-

cesa" dice del general Mack: "Como todos los retóricos de cuartel o de Estado dejaba de comprenderse cuando dejaba de oírse hablar".

Cuando lo de la huelga del verano de 1917 gozamos aquí, en Salamanca, para nuestra diversión, de un coronel de caballería que era a la vez doctor en Derecho. Y hay que ver lo que es una burla roja encima del casco en vez de una cola de caballo. ¡El pobre señor hacía versos, muy malos, y mandaba perseguir los versos de los demás! Y no sé si distinguía las quintillas de las octavas reales. Y esto lo traigo a motivo de lo que una vez ocurrió en Valladolid, y es que, como un muchacho listo y soldado hubiese compuesto una salutación a la bandera española para el día del juramento, el capitán general, pasando revista después del acto, al llegar a él le felicitó y le dijo: "Muy bien, muchacho, muy bien esas quintillas!" El versificador se creyó en el caso de rectificar, saludando militarmente: "No son quintillas; son octavas reales, mi general!" Y éste: "Quintillas he dicho!".

Pero hay otro sucedido más significativo. Cierta capitán dirigía una vez una arenga patriótica a su compañía, cuando de pronto la interrumpió y dirigiéndose al tercer soldado de la fila, al que le sabía inteligente y fino, le increpó diciéndole: "¿Qué se sonríe usted?" "No, mi capitán, no me sonrío!"—contestó el aludido contentiendo la sonrisa que la interpelación iba a provocarle. Y el capitán: "Sí, por dentro!" Y a esto le temen, a la sonrisa de por dentro.

El terror de esta clase castrense a la ironía, a la sonrisa interior, es pavoroso. Guardo muy bien guardados los artículos que me lleva tachados la censura y los párrafos tachados de otros que con esas tachaduras dejó pasar, y cuando pasé esta carnalada del Directorio y esta ópereta bufa del llamado nuevo régimen pienso publicarlos con unos comentarios críticos. Desde luego tachan todo lo que no comprenden, y ¡como es tanto! Inventaron lo de la crítica positiva y negativa, que ni ellos saben lo que quieren decir.

¡Cualquiera se pone a comentar las divertidas notas oficiosas en que el Maese Pedro del Directorio se cree obligado a justificar su acción! Y en los preámbulos de los decretos se lee a las veces cosas muy peregrinas y hasta se nota que hay párrafos añadidos por alguna mano soberana. Párrafos que se delatan por su estilo tópic. Tal aquel en que se les encargaba a los delegados gubernati-

vos de distrito que promovieran la formación de batallones de niños exploradores, o boy-scouts, y cuidarar de los pájaros y de las flores. A pesar de lo cual los niños no quieren volver a la explotaduría aquélla, que de exploración nada tenía, ni a disfrazarse para divertirse a los mayores y hacer el paso en procesiones cívicas ni a que les enseñen a hacer nudos pero no a desatarlos. Prefieren jugar al football sin carnavales patrioterías ni liturgia castrense.

Cuando empezó el intermedio cómico que estamos viviendo en nuestra historia predije en un artículo, que causó sensación en ciertos sectores, que lo que iba a padecer más era la inteligencia, que la intelectualidad se vería perseguida. Y así está ocurriendo. Están pretendiendo regirnos no los más violentos, no los más fuertes, no los más desenvueltos, sino los más ineptos, los menos inteligentes. Y tampoco hombres de acción, no! Porque el gesto no es acción. El cinematógrafo ha confundido las nociones a este respecto.

En una de esas notas oficiosas, de un humorismo inconsciente, se decía que el movimiento—el meneo más bien—iniciado el 13 de septiembre era algo serio y hasta... místico! Y quedamos pensando qué entendería por misticismo el redactor de aquella pieza de humorismo inconsciente. Sin duda un misticismo de quintillas como las del capitán general aquel de Valladolid.

¿Que la comedia puede derivar a una tragedia? ¡Y quién lo duda! En la agitada historia de las revueltas castrenses de las Naciones que ahí, en América, nacieron de España nos encontramos con no pocos protagonistas cómicos, casi bufos, que llegaron a la tragedia. La tragedia bufa o la bufonería trágica es consabida en esas revueltas. Ahora que aquí no es de temer esa tragedia, aunque sí otra. Si la tragedia llega a España será por otro camino.

Escribo estas líneas hoy, 23 de enero, día de San Ildefonso, y las escribo aprovechando las dos horas de vacación, pues por ser el día onomástico, el del santo patrono de don Alfonso, no tenemos clase. Corren rumores de que para hoy se preparaba alguno de los decretos que llaman sensacionales, pero yo echo esta correspondencia al correo sin esperar esa sensación. Tiempo tendremos de reírnos. Ahora que lo peor sería que España se muriese, como el Margutte de Pulci, de risa. Que debe de ser muerte atrozmente trágica. Vale más vivir de llanto.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES